

“CARNET DE NOTAS”

de J. Maritain

HACE apenas algunas semanas Jacques Maritain, ha publicado su «Carnet de Notes», libro autobiográfico en su mayor parte que resume experiencias y visiones de una existencia plenamente, apretadamente vivida.

Ciertamente el observador atento que, con la perspectiva de los años, contempla la obra del filósofo, siente, en su interior, el encuentro contradictorio de la alegría y de la tristeza. Alegría y satisfacción por una obra madura, rebosante, por una sabiduría redentora, por una proyección universal; tristeza porque el peso de los años va maltratando a ese «viejo árbol roto, que tiene todavía algunas raíces en la tierra, y otras ya entregadas a los vientos del cielo».

Maritain fue filósofo antes de ser cristiano, y buscó con ardor la verdad en todos los campos, introduciéndose en el núcleo de lo real con una presencia intensa, pero «sin peso, a la vez respetuosa y estimulante».

Es curioso que este intelectual, se aproxime a Cristo por intermedio de un hombre, tan lejano, tan distinto como León Bloy. Y es que la sabiduría de Dios es muy diferente a la sabiduría de los hombres. Luego la fe cristiana estimularía y encuadraría su búsqueda abriéndola nuevas perspectivas.

No quiso ser un filósofo del absurdo, quería conocer. «Siempre creyó que era indigno del hombre hacer de su angustia una blanda almohada», y así con el extenso candor de su lucidez se lanzó a ese ardiente trabajo que ahora podemos contemplar y juzgar.

Maritain, decía Berdiaev, «ha transportado el tomismo hasta la cultura». Su esfuerzo se ha plasmado en su tratado de Filosofía, en sus «Grados del saber», en su «Pequeña Lógica», en su «Filosofía Moral». El tomismo ha encontrado un expositor fiel que no se avergonzaba de su ascendencia.

Con todo quizá, el esfuerzo, en este aspecto, fue desproporcionado a su repercusión, a su influencia, porque es el otro Maritain, el «Philosophe dans la cité», el que va a perdurar, el que va a producir profundo impacto en la historia de nuestro tiempo.

Ninguna angustia, ningún dolor de sus contemporáneos ha sido ajeno a Jacques Maritain; su corazón generoso ha sabido defender siempre las causas humildes, las causas humanas, y entre todas, sobre todas, la causa de la libertad. Había heredado de su madre y por su intermedio de Víctor Hugo y de su abuelo el viejo republicano, Jules

Favre, la veneración por la libertad. Y es curioso que Maritain, que no había sido apenas discutido mientras se mantuvo en el campo de la Filosofía especulativa, encontró rápidamente contradictores cuando se introdujo en los problemas de la «nueva Cristianidad», de la ciudad temporal.

Con Maritain, y las vicisitudes de su pensamiento político, vamos siguiendo dramáticamente la toma progresiva de conciencia de los católicos en los últimos treinta años. El progreso de la razón moral, la sustitución de la arbitrariedad por el derecho, el respeto a la persona humana, la Sociedad democrática son analizados lucidamente en su obra.

Su convicción en las posibilidades de la Revolución en la libertad, en la acción liberadora del fermento evangélico, en las oscuras interioridades del alma, en la verdad y en la racionalización moral de la vida política frente a los maquivelismos de la época, han

sido otros estímulos para compromisos con la realidad, de muchos cristianos. Su lucha frente al totalitarismo, sus mensajes a través de las ondas para confortar a sus compatriotas ocupados por los nazis, su apasionada crítica del capitalismo y de la tergiversación de valores que produce, han quedado como modelos de honestidad y de clarividencia.

El pensamiento de los últimos pontífices, muchos planteamientos conciliares, y las Democracias cristianas de América Latina, han sufrido su influencia, que aún sigue en esos y otros campos. Ahí están cada vez más leídos y más trabajados su «Humanismo Integral», sus «Derechos del Hombre», su «Cristianismo y Democracia» y su «El Hombre y el Estado».

Quizá, sin él proponérselo, Maritain es hoy pilar fundamental para el moderno pensamiento personalista y cristiano. Algunas de sus posiciones que recogemos a continuación, son bandera del progreso y de la lucha contra la opresión y la reacción. Y es que Maritain, como él mismo dice «es una especie de romántico de la Justicia, muy inclinado a considerar, después de cada combate, que ésta y la verdad, tendrán algún día su puesto entre los hombres».

GREGORIO PECES BARBA